

¿Qué es lo que salva un alma?



J. C. PHILPOT (1802-1869)

¿Qué es lo que salva un alma?

Contenido

1. Introducción	3
2. Salvación fuera de nosotros	3
A. Salvación de Dios y para Su gloria.....	5
B. El amor la causa.....	6
C. Un completo acto de Dios	8
D. Rectitud atribuida	10
3. Salvación en nosotros	10
A. Nuestra necesidad	10
B. Reforma no es regeneración.....	12
C. El camino de salvación de Dios	14
D. De qué somos salvados	15
E. Salvación —pasada, presente y futura.....	17
F. Qué no es.....	19
G. Qué es la salvación.....	20
H. Única verdadera fuente de fruto.....	22
4. Conclusión	24

© Copyright 2003 Chapel Library; Pensacola, Florida. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación;
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera Antigua.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *What Is It That Saves a Soul?* En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org

www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

¿Qué es lo que salva un alma?

1. Introducción

Bien deseará todo pecador sensato una verdadera y satisfactoria respuesta a una pregunta de tal importancia. Bien deseará todo aquel que haya probado el ajeno y la hiel, haya sido atravesado por el aguijón del pecado, haya gemido bajo la maldición de la ley, y temblado ante el juicio que ha de venir —bien besaré toda aquella criatura, culpable y auto-condenada, “los labios del que responde palabras rectas” a la pregunta de suma importancia “¿Cómo se justificará el hombre con Dios?” (Job 9:2).

Para contestar, pues, esta pregunta correctamente, debemos contemplar la salvación desde dos puntos:

1. La salvación considerada como un acto *fuera de nosotros*.
2. La salvación considerada como un acto *en nosotros*.

Ya que la anterior precede a la posterior, le daremos su debida preferencia. Y ya que “¿Qué enseñador es semejante a Dios?” (Job 36:22) y ya que Él es “el Padre de las luces” (Santiago 1:17), “el manantial de la vida” (Sal. 36:9), y “el único y sabio Dios” (Jud. 25), ojalá tanto escritor como lector reciban gracia para elevar sus ojos hacia Él para recibir aquella unción que “os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira” (1 Juan 2:27).

2. La salvación considerada como un acto fuera de nosotros

La salvación, pues, será considerada primeramente como un acto FUERA DE NOSOTROS, como una transacción eterna, irreversible, originada en la mente de Jehová, y completamente independiente de la criatura. Suponer que nuevos planes, esquemas previamente inimaginables, alteraciones de propósito, mejoras de un diseño originalmente imperfecto, puedan tener lugar en la mente de Jehová, es lanzar uno de los más grandes insultos que la criatura pudiera idear sobre la sabiduría y poder del Dios Trino. Si Él posee toda Sabiduría, ningún nuevo pensamiento podrá surgir en Su mente; si Él es Todopoderoso, ningún obstáculo inesperado, ninguna contingencia insospechada, ninguna emergencia imprevista puede hacer fracasar Su propósito; y si Él es la fuente y origen de la misma existencia del individuo (Ro. 11:36), ni la voluntad ni el poder de la criatura pueden ser más fuertes que Él. Le consideramos el más hábil *ingeniero*

que puede calcular de antemano, con la mayor exactitud, el movimiento y efecto de cada rueda y pieza de una nueva máquina, y cuya mano puede ejecutar con la mayor facilidad la invención de su mente. Le llamarnos el más capaz *general* que planifica antes de la batalla cada maniobra que pretende realizar, y ejecuta su diseño original con la mayor precisión y éxito. Calcular mal, ser derrotado por algún obstáculo imprevisto, quedarse corto por algún impedimento insospechado señalan a un hombre como chapucero. Errar en su cálculo inicial pone en tela de juicio la habilidad; ser incapaz de ejecutar su plan indica falta de poder como arquitecto.

Ahora, ¿puede un general tener un plan, un ingeniero tener un plan, un arquitecto tener un plan, y *puede DIOS no tener un plan?* ¿Mediremos la habilidad de un hombre por la sabiduría de su diseño, y su poder por la ejecución de este? ¿Y no mediremos la sabiduría y poder de Dios del mismo modo? ¿Le consideraremos un imbécil y un tonto que ni tiene un sistema de trabajo regular, ningún plan organizado para llevar sus negocios, ningunas horas de trabajo establecidas, ni una serie de operaciones preconcertadas? ¿Y no temblaremos de atribuir todos estos disparates a Dios? Una fábrica de algodón en Manchester no funcionaría una semana si no tuviera algún sistema de operaciones, algún plan regular que asigne a cada rueda su trabajo, y a cada mano su lugar. Y sin embargo los hombres resultan ser de una tan osada impiedad que atribuyen al sabio Dios una confusión, un desorden, una negligencia en administración del destino eterno del hombre que, si se diese en esta gran ciudad, cerraría sus atareadas fábricas, arruinaría a su inmensa población, y convertiría sus abarrotadas calles en morada de lagartijas y sitio para murciélagos.

No podemos, por tanto, negar que todo lo que Dios hace, lo hace de acuerdo con un plan establecido en Su mente eterna, sin poner en tela de juicio ni Su sabiduría para inventar, o Su poder para realizar. Si, entonces, todo lo que Dios hace, lo hace “según el designio de Su voluntad”, está claro que la salvación o condenación de las almas debe formar parte de Su eterno propósito. Si todas las cosas que suceden fluyen por un canal cavado para ellas, se suceden unas a otras de acuerdo con un orden establecido, y forman tanta parte del gobierno universal de Dios como cada rueda contribuye al movimiento de alguna complicada máquina, entonces la salvación deberá estar incluida en el grandioso proyecto original. Decir que Dios señala algunas cosas, pero no otras; decreta eventos temporales, pero no espirituales; vigila la caída de un gorrión, pero deja el alma inmortal del hombre al azar, la casualidad, y la suerte —esta es una suposición tan descarada como que un aldeano ignorante examine una de las máquinas de vapor de Watt y diga, “Esta caldera, este volante, este pistón, Watt los planificó, pero este mecanismo paralelo, este regulador, esta válvula autorregulable, esta hermosa precisión de cada movimiento, los dejó

al azar. Su genio olvidó *esta* parte de la maquinaria, y omitió *aquella*; y todo este exquisito orden y bella adaptación es el resultado en parte de habilidad e invención, y en parte de suerte, casualidad y fortuna.” No es con menos vanidad e ignorancia que hablan todos aquellos que niegan que la salvación sea un plan completo, armonioso en cada detalle y que tiene su origen, desarrollo y final tan solo en la voluntad y el propósito de Dios. Porque no podemos percibir la armonía y belleza del gran todo, porque hay objeciones y dificultades, porque no podemos comprender el objeto y relación de cada parte, ¿somos libres de negar que la salvación sea un gran plan armonioso? Del mismo modo podría el aldeano rústico anteriormente mencionado poner peros a cada rueda y movimiento de la máquina de vapor, el uso y la belleza de la cual no podía comprender.

A. Salvación de Dios y para Su gloria

Si la salvación, pues, como un todo, es un gran plan armonioso, *todas las partes* y ramas de la salvación deben ser de la misma naturaleza. Di que una parte no es armoniosa, y estás diciendo que el todo no lo es, porque la armonía del todo depende de la armonía de las partes. Luego estas ramas, o partes, requieren nuestra cuidadosa atención; y si podemos demostrar que están completas, lo haremos con el todo.

La *primera* rama, pues, de la salvación es la manifestación de ese modo de **LA GLORIA DEL DIOS TRINO**. Nada puede ser tan precioso para Dios como Su propia gloria. El supremo fin de todas Sus acciones no puede ser nada menos que la manifestación de la misma. El origen de todos los seres creados, desde el ángel más brillante hasta el rastrero gusano, puede solo ser atribuido al deseo que Jehová tiene de manifestar de ese modo Su propia gloria eterna. Para averiguar el origen de la salvación, por tanto, que es el más grande acto de Dios, debemos dirigirnos a la misma fuente. “*Para alabanza de la gloria de su gracia*, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:6). Y de nuevo (v. 12): “a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo”. “Y para hacer notorias *las riquezas de su gloria*, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria” (Ro. 9:23).

Ahora, si la salvación en absoluto recae en la voluntad del hombre, y depende para su éxito final del poder y capacidad de la criatura, es evidente que ni una sola alma podría ser salvada. Más aún, si así dependiera, no cabe la más mínima duda en la mente de aquellos que han experimentado el estado caído del individuo, que nadie *podría* ni *sería* salvo. Salvo que, entonces, la salvación fuera un plan decretado, fijo, inalterable, irreversible, está claro que Dios podría quedar *decepcionado* de toda la gloria que

Él ha propuesto para Sí mismo para corresponder a Su gran nombre de ese modo. Y si tan solo aceptamos que Él ve el fin desde el principio, y conoce de antemano cada evento que ocurre, cual los mismos arminios reconocen, es evidente que esperando y previendo la decepción de todos Sus esquemas, Él se hubiera parado en seco y nunca hubiera elaborado el plan de salvación en absoluto. Es más, llevando el argumento un paso más allá, si Dios pudiera, por la resistencia de la criatura, desertar del beneficio de Su propia gloria, Él nunca hubiera creado este mundo, ni formado al hombre del polvo de la tierra. Nosotros hacemos planes, y nos sentimos desilusionados por el resultado de los mismos, porque no podemos predecir los eventos futuros; pero si tuviéramos el don del conocimiento previo de todas las cosas, solo comenzaríamos aquellas empresas que estuviéramos seguros de poder ejecutar. No permitamos, pues, que ningún hombre atribuya a Dios aquellas locuras que no se atrevería a atribuir al prójimo.

B. El amor la causa

Siendo nuestras débiles facultades incapaces de entender la mente de Jehová como un todo armonioso, nos vemos obligados a atribuirle una sucesión de actos, sucesión que no tiene una existencia real en Él, Quien es El Eterno Ahora —“el mismo ayer, hoy y para siempre”. De este modo hablamos de la estima que Dios tiene por Su propia gloria como el *primer* acto en el proyecto de la salvación, y SU ETERNO AMOR como el *segundo*. Pero en Su infinita mente no hay ni primero ni segundo, futuro ni pasado, anterior ni posterior. Cuando decimos, entonces, que el AMOR ETERNO es la segunda fuerza motriz de la salvación, usamos el lenguaje requerido por nuestras débiles mentes, y no pretendemos con eso atribuir a Dios ninguna imperfección tal como una sucesión de motivos implicaría.

El amor, por tanto, es una razón de la salvación. Pero si Jehová es perfecto e inalterable, Su amor debe ser de la misma naturaleza. Cuanto más puro, más firme, más inalterable es ese amor, tanto más se aproxima a la perfección. Ser voluble, moverse de objeto en objeto, estar frustrado, desanimado, destruido, alienado, o en algún modo afectado por las circunstancias externas, quita pureza al amor. La cariñosa esposa que no se separa de su marido a pesar de los malos tratos y el abandono, que le ama en desgracia e ignominia, que lleva su imagen sobre su corazón, a pesar de que él sea deportado por delincuente, o colgado por malhechor, se encomienda a nuestra admiración como un patrón de amor conyugal. A la tierna madre que añora a su hijo libertino, y riega su almohada por las noches con lágrimas de amor por él, a pesar de que su corazón está casi roto por sus hábitos licenciosos, al momento la admiramos como un ejemplo de afecto maternal. La fortaleza, la naturaleza inalterable, la pu-

reza, el desinterés de estos dos ejemplos de amor humano nos llegan instintivamente al corazón.

Ahora, ¿mediremos la pureza y la perfección del afecto del individuo por un determinado estándar, y dejaremos la norma de lado para medir el amor divino? Si el amor de Dios por los hijos de los hombres es voluble, cambiabile, dependiente de las circunstancias, influenciado por su conducta, a veces dado y a veces quitado, entonces tendremos que decir osadamente que el amor de Dios es imperfecto; y si el amor de Dios es imperfecto, entonces Dios mismo es imperfecto también. Pero si Dios ama a aquellos a los que ama de un modo eterno, infinito, perfecto, entonces Él deberá amarles incambiabile e inalterablemente. ¿Ama Dios, entonces, a todos los hombres? ¿Amó a Esaú, Faraón, Saúl y Judas? Él mismo nos dice que “a Esaú aborrecí” (Mal. 1:3), y Pablo declara que este odio estaba “antes de que hubieran aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal” (Ro. 9:10-13).

Debemos pues llegar a esta conclusión, que Dios ama a algunos y aborrece a otros. ¿Pero no hay causa para esto en los individuos en sí mismos? ¿No son unos buenos y otros malos, unos obedientes y otros desobedientes, algunos merecen amor y otros merecen odio? Si todos los hombres son igualmente viles, igualmente caídos, igualmente implicados en la condenación y en la trasgresión, no puede haber en ellos ninguna diferencia original. Si algunos son salvados y otros perdidos, algunos hechos eternamente felices y otros eternamente miserables, debemos buscar el motivo de esta diferencia en algo que existe en otra parte que en las personas mismas. Y discutamos el tema tanto como queramos, si tan solo admitimos el pecado original y la Caída del hombre, tendremos siempre que llegar a la misma conclusión, que la diferencia que se hace entre los salvos y los condenados no se origina en ellos, sino en Dios; en una palabra, que Él libremente odia a unos y libremente ama a otros.

Pero la existencia del amor solo puede conocerse por las acciones. El amor es un principio escondido en el pecho, que sin embargo se manifiesta por la conducta externa. Así el amor es la fuente de la salvación, ya que la salvación es el fruto del amor. Uno es la causa, la otra el efecto; uno es el motivo interno, el otro la acción externa. Pero medimos el amor por las *pruebas* por las que pasará, los *sacrificios* que hará, los *sufrimientos* que soportará por el objeto de afecto. Por este mismo estándar medimos el amor de Dios hacia los hijos de los hombres. La redención, por tanto, se muestra continuamente en la Palabra como el examen y demostración del amor de Cristo —“Cristo amó a la iglesia, y se entregó así mismo por ella” (Ef. 5:25). “El cual me amó”, dice Pablo, “y se entregó a sí mismo por mí” (Gal. 2:20). “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por

nosotros” (1 Juan 3:16). Si la redención entonces es el fruto del amor, el efecto del mismo, y la expresión del mismo; si el amor es *limitado y concreto*, la **redención** será limitada y concreta también. El efecto no puede ser mayor que la causa, ni la acción que el motivo.

C. Un completo acto de Dios

¿Pero es la redención un acto COMPLETO, una labor terminada? Si es la ejecución de un plan original, y ejecutado, también, por una Deidad encarnada, ciertamente deberá ser tan perfecto como su Autor. ¿Pero es perfecto ese trabajo que es incierto y dependiente, que depende de la voluntad voluble, caprichosa y cambiante de una criatura, además eso, una criatura *caída*? ¿Dependió la creación del mundo de la cooperación del hombre? ¿Puede él hacer crecer una sola brizna de hierba, o hacer un cabello negro o blanco? ¿Está la cooperación del hombre admitida en alguno de los actos de Dios? Si tal cosa fuera posible, ¿la mezcla del trabajo de la criatura no mancharía y echaría a perder el conjunto?

¿Cuántos son redimidos?

Universalismo significa todos; si Cristo no salva a todos, ¿puede Su trabajo llamarse un trabajo PERFECTO? Si la redención es universal, y solo una parte es salvada, ¿será llamada un trabajo perfecto? Si la redención proviene del amor, si la redención es universal, el amor será universal; pero si alguien se pierde, si hay quienes están en el infierno, por quienes Cristo ha muerto, su redención fue en vano, y *todo el amor de Cristo por ellos fue en vano*. Él pagó su deuda, y todavía permanecen sus pecados. Él les amó, tuvo poder para salvarles, hizo todo lo que pudo para librarles del infierno, bajó a la tierra con el expreso propósito de tomar sobre sí sus pecados en Su propio cuerpo en la cruz, resucitó de entre los muertos por ellos, y ascendió a los Cielos como su Sumo Sacerdote e Intercesor, y después de todo Él no les puede salvar, después de todo este inmenso, este infinito, inconmensurable gasto de amor, sufrimientos, lágrimas, gemidos, agonía y sangre, ellos *mueren* en sus pecados, y son arrojados al infierno.

¿Es Cristo real y verdaderamente DIOS? ¿Tiene Él todos los atributos de la Deidad? ¿Es sabio y todopoderoso? ¿Ve el final desde el principio, y conoce todas las cosas, pasadas, presentes y futuras? ¿Sabía Él, en la cruz, quién sería salvado y quién se perdería? Entonces que desperdicio de amor, que inservible gasto de sufrimiento, que innecesaria cantidad de agonía, si el efecto de todo lo que sufrió depende del libre albedrío de la criatura, y millones nunca se verían beneficiados por todo lo que Él soportó por ellos. ¿Pero murió Cristo por los pecados de *toda* la humanidad? Entonces Él cargó con los pecados de los hombres de Sodoma y Gomorra;

de las huestes de Faraón, que perecieron en el Mar Rojo; de Coré, Datán y Abiram, a quienes tragó la tierra; de las siete naciones malditas de Canaán; y de todos aquellos que perecieron en el diluvio universal. Pero todos aquellos habían muerto en sus pecados. ¿Se les dio una oportunidad en el infierno? ¿Tomó sobre Sí Cristo sus pecados en la cruz, y bajó después al infierno con ofrecimientos de gracia a los condenados? ¿Tuvo el libre albedrío otra oportunidad, otro día de gracia, otra temporada concedida para el ejercicio de su inmenso poder? Judas nos dice que los que son como estos son “puestos por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno” (v. 7). Pablo dice que “perecieron por el destructor” (1 Cor. 10:10). Pero si Cristo murió por todos, Él murió por estos, y si Él murió por estos, tiene que haber habido algún propósito, algo que hacer, algún efecto tiene que surgir de que Él tome sobre sí sus pecados. Si Él no murió por ellos, entonces la redención ya no es universal.

Hemos encontrado millones por los cuales Cristo no murió. Se establece al momento un límite a la universalidad de los textos tan a menudo citada a favor de la redención universal. Si Él murió por ellos, entonces ellos obtendrán algún beneficio por Su muerte, o no lo obtendrán. Si reciben algún beneficio, entonces las almas que ya están en el infierno, que han muerto en sus pecados, y han perecida bajo la ira de Dios, son salvas. ¿Y si *algunas* sí, por qué no *todas*?

Los dolores del infierno ciertamente les habrán enseñado a usar su libre albedrío mejor de lo que hicieron sobre la tierra, y una experiencia de una hora en el lago ardiente les harán acercarse a los ofrecimientos de gracia. Cristo no llamará tanto tiempo en vano a las puertas de sus corazones, tal como dicen los ministros Wesleyanos, que Él está llamando ahora a los corazones de sus oyentes. Si los condenados, nos dicen, tuvieran los mismos ofrecimientos que nosotros, cuán alegremente los abrazarían. Si Cristo entonces murió por ellos, el infierno hace tiempo que quedó despoblado de sus antiguos habitantes. Caín, Faraón, Saúl, Ahitofel, Doeg, Esaú, y miles de otros que las Escrituras representan como los enemigos de Dios, están ahora en el Cielo, cantando alabanzas al Cordero. Pero si Cristo no murió por todos ellos, entonces la redención no es universal; se le ha fijado un límite, y es lo que nos planteamos —*particular*.

De este modo consideramos y creemos de las Escrituras de verdad que Cristo “dio su vida por sus ovejas”; “fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos”; “santificó al pueblo mediante Su propia sangre”; “amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella”; y tomó sobre sí los pecados de Su electa familia en Su propio cuerpo sobre la cruz. Tal como los nombres de los hijos de Israel eran llevados en el pecho del Sumo Sacerdote (Ex. 28:29), así creemos que Jesús llevó en Su corazón los nom-

bres de Sus elegidos cuando colgaba en la cruz, y expió con Su sangre todos sus pecados y transgresiones. Él pagó la deuda hasta el último centavo, satisfizo las más rigurosas demandas de Justicia eterna, sufrió en cuerpo y alma todo el peso, extensión y variedad de los pecados de Su pueblo, y no dejó uno solo de sus pecados sin ser expiado. La Divinidad dio dignidad y mérito a los sufrimientos de la Humanidad; y así Emmanuel, Dios con nosotros, se convirtió en el todopoderoso Salvador de todos los que fueron dados a Él, amados por Él, y redimidos por Él.

D. Rectitud atribuida

La última rama de la salvación como un acto externo que tenemos lugar para considerar es la RECTITUD ATRIBUIDA del Hijo de Dios, que es para todos y está sobre todos los que creen. La ley de Dios, siendo la transcripción de Su justicia eterna no podía ser quebrada impunemente sin que Dios dejara de ser Dios. Salvo, por tanto, que la ley fuera perfectamente obedecida, bien por el hombre, a quién fue dada, o por un Fidor Quien se pusiera en su lugar, esa ley santa y justa debe verter sus castigos y maldiciones sobre el desobediente por toda la eternidad. Si esto es cierto, entonces Cristo fue hecho bajo la ley, y la obedeció perfectamente, bien por la totalidad de la raza humana o bien por una parte de ella. Si por la totalidad, entonces todos los hombres son justificados, todos los hombres han obedecido la ley mediante su Fidor, todos pueden estar ante Dios completos en Cristo, sin mancha ni imperfección, ni cosa semejante. Las puertas del Cielo están abiertas para todos, y toda la raza de Adán se sentará vestidos de boda en el casamiento del Cordero. Pero si esto no es cierto, y aunque todos han incumplido la ley, solo una parte será salva, entonces debemos llegar a esta conclusión, de que solo son justificados aquellos por quienes Cristo como Fidor obedeció la ley, y que es Israel quien está justificado en el Señor, y será glorificado.

3. La salvación considerada como un acto en nosotros

A. Nuestra necesidad

Hasta ahora hemos analizado la salvación como un acto externo, como algo hecho en nuestro nombre, y hecho fuera de nosotros. En estos compromisos y transacciones convenidos, no tuvimos participación como agentes vivos. Fueron planificados y ejecutados antes de que existiéramos, salvo en la predestinada mente de Jehová. Tal como el árbol produce capullos, los cuales existían en el árbol antes de que salieran en crecimiento visible, así los propósitos predestinados de un Dios Trino nos llevan a ser,

de modo que podemos disfrutar del beneficio de todo lo que fue hecho para nosotros, cuando no existíamos salvo en la mente de Jehová.

Y esto nos lleva a hablar de la salvación como una labor efectuada EN NOSOTROS, como un poderoso acto por el cual lo que fue nuestro originalmente y por siempre se convierte en una realidad personal, en una posesión disfrutada, en una herencia recibida, tal como un heredero es investido, cuando alcanza la edad, con la propiedad que fue suya mucho antes de que tomara posesión de ella.

Dios es sabio, y por tanto no da pasos imprudentes, precipitados. Tal como se elaboró el plan de salvación original con infinita sabiduría, todos los sucesivos pasos de ejecución de ese plan son también dirigidos por esa misma ilimitada sabiduría. “Que hizo sobreabundar para con nosotros” dice Pablo (Ef. 1:8), “en toda sabiduría e inteligencia”. De este modo, en Su trato con Su pueblo, Dios no les pone en el acto en posesión de todas las bendiciones que Él tiene guardadas para ellos. Él ha perdonado, por ejemplo, sus pecados; pero cuando les llama por Su gracia, no les pone inmediatamente en posesión de esa bendición. Primero tiene que enseñarles la necesidad de ella. Tiene que preparar su corazón para la correcta recepción de ella. No es un regalo común, y les tiene que enseñar cómo valorarlo. Son salvados de la ira y miseria eternas, de Su espantoso disgusto y eternamente ardiente indignación ante el pecado. Tienen necesidad de que les sean mostrados, y sentir profundamente, *de qué* han sido salvados, además de *a qué* han sido salvados. Y así como el roble no crece hasta su completa estatura en un día, sino que necesita años de sol y tormenta, de vientos que azotan y tempestades rugientes, para darle su fuerza y consistencia, una profunda y ancha raíz, además de un tronco elevado y lleno de ramas, así los hijos de Dios necesitan meses y años de pruebas y tentaciones, para que puedan hacer crecer una profunda raíz hacia abajo, y brotar saludables y vigorosamente hacia arriba.

Así, antes de que el alma pueda saber nada sobre la salvación, debe aprender profunda y experimentalmente la *naturaleza del pecado*, y de sí mismo, manchado y corrupto por él. Es orgullosa, y necesita aprender humildad; descuidada, y necesita ser despertada; viva, y necesita ser sacrificada; llena, y requiere ser vaciada; intacta, y necesita ser herida; vestida, y requiere ser desnudada. Es, por naturaleza, farisaica y egoísta; está profundamente enterrada en lo mundano y la carnalidad; es completamente ciega e ignorante, está llena de presunción, arrogancia, vanidad y enemistad, y odia todo lo que es celestial y espiritual. El pecado, en todas sus variadas formas, es su elemento natural. La codicia, la lujuria, el placer mundano, el deseo de alabanza de los hombres, una sed insaciable de progreso personal, un completo auto-abandono a todo lo que puede compla-

cer y gratificar cada nuevo deseo del corazón, un completo desprecio y aborrecimiento de todo lo que restringe o derrota su loca carrera en pos de lo que ama —estas son algunas de las características de la empedernida naturaleza del hombre.

B. Reforma no es regeneración.

La educación, restricciones morales, o la fuerza del hábito, pueden restringir el brote de la corrupción interna, y contener la poderosa corriente de pecado que se esconde en el interior, de modo que no rompa todas sus ligaduras, y asole la tierra; pero ningún freno moral puede alterar la naturaleza humana. Un tigre encadenado sigue siendo un tigre. “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?” (Jer. 13:23). Convertir al hombre en lo opuesto de lo que es por naturaleza; hacerle amar a Dios en lugar de odiarle; temerle, en lugar de mofarse de Él; obedecer, en lugar de rebelarse contra Él; y temblar ante Su terrible majestad, en lugar de tropezar con las ‘protuberancias de Sus hebillas —hacer este enorme trabajo y efectuar este maravilloso cambio requiere la implantación de una nueva naturaleza por la inmediata mano de Dios mismo. La luz natural, el amor natural, la fe natural, la obediencia natural, en una palabra, toda la religión natural, es aquí inservible e inútil. Cambiar el curso de la corriente no altera la naturaleza de las aguas. Haz que el arroyo fangoso sea desviado de su rumbo sur, y hazlo dirigirse hacia el norte, seguirá siendo un arroyo turbio.

Así que la vieja naturaleza puede ser restringida y modificada, y dirigida a nuevos y diferentes canales, pero sigue siendo la vieja naturaleza. Y este es el trabajo de cientos que se llaman a sí mismos ministros de Cristo y trabajadores de Sus viñas; usar el pico y la espada, y cavar varios canales para que fluyan por ellos las aguas de la vieja naturaleza; y cuando, con mucho esfuerzo y trabajo, han desviado unos pocos riachuelos en sus estrechos canales, dignifican su éxito con los nombres “conversión” y “regeneración”, y “una obra de gracia”. Así uno excava un canal en la Escuela Dominical, otro abre un amplio canal para la sociedad Bíblica, un tercero abre un nuevo camino para la piedad firme, y un cuarto excava un amplio canal para el farisaísmo, bajo el nombre de santidad Cristiana. Pero después de todos sus sufrimientos, y después de todo su éxito en conducir las corrientes de la naturaleza para que fluyan por estos nuevos canales, *sigue siendo la vieja naturaleza*, igual de caída, igual de ignorante, igual de ciega, igual de camal, igual de muerta, igual de llena de enemistad contra Dios, e igual de incapaz que siempre de entrar en el Reino de los Cielos. Blanquear, pintar, dorar, vestir, engañar, lustrar, en una palabra, reformar la parte externa de la vieja naturaleza, es la religión del día.

Se construyen cientos de iglesias y capillas, se predicán miles de sermones, y se gastan millones con el solo propósito de excavar el áspero bloque de la naturaleza y darle aspecto, miembros y rasgos humanos; y toda esta labor no produce más que una estatua, una imagen muerta, una semblanza sin vida de la vital piedad, que tiene una boca, pero no habla; ojos, pero no ve; orejas, pero no oye; manos, pero no toca; pies, pero no camina; ni habla por su garganta. Sacerdote y disidente, ortodoxo y evangélico, baptista, independiente y metodista, todos se juntan, cogidos de la mano, en la buena labor. “Cada cual ayudó a su vecino, y a su hermano dijo: Esfuérzate. El carpintero animó al platero, y el que alisaba con martillo al que batía con el yunque, diciendo: Buena está la soldadura; y lo afirmó con clavos, para que no se moviese” (Is. 41:6-7).

Pero REFORMA NO ES REGENERACIÓN, ni un cambio de vida es lo mismo que un cambio de corazón. Puede haber abundancia de celo, devoción, consistencia, estudio bíblico, oración privada y familiar, escuchar el evangelio, conversación religiosa, atención a las ordenanzas del Nuevo Testamento, y una gran exhibición de piedad y santidad externas, donde no hay una chispa de *vida divina* en el alma. La religión del hombre es desarrollar a la criatura con buenas obras, con piedad, con escuchar la palabra, con leer a autores religiosos, con actividad, con todo el atareado fermento y emoción de sociedades y escuelas. *La religión de Dios es arrojar a la criatura al polvo de la auto-degradación y el auto-aborrecimiento.*

El hombre enseñaría religión tal como enseña aritmética o matemáticas. Esta regla hay que aprenderla, esta suma hay que hacerla, este problema hay que entenderlo, esta dificultad hay que vencerla, y así hay que ir progresando. El fuego hay que encenderlo, soplar los fuelles, subir el vapor, poner en marcha el motor, realizar la tarea prescrita. Religión, de acuerdo con el credo recibido, es algo que hay que instar al hombre a hacer. Hay que volverlo religioso de un modo u otro. Habrá que conducirlo o atraerlo, engatusado o amenazado, seducido o a base de azotes, por argumentos humanos o persuasiones humanas. La religión se coloca ante él como un río entre su alma y el cielo. A este río se le persuade, invita, exhorta, suplica que salte. Deberá saltar él o ser empujado. Se forjan sus sentimientos, y da el salto prescrito, convirtiéndose en profesor. Escucha, lee, ora, apoya la causa; asiste a la Escuela Dominical; modela su atuendo de acuerdo con el uniforme del cuerpo al que pertenece; elimina los cuellos de las camisas, peina su pelo para que quede suave, y se corta la barba; amuebla su cabeza con el credo de la secta a la que se ha unido, habla tal como se habla, cree tal como se cree, y actúa tal como se actúa. Y todo esto es llamado “conversión” y una “piedad firme”, cuando durante todo

este tiempo no ha habido un átomo de gracia, un grano de fe espiritual, o una chispa de vida divina en el alma del pobre desgraciado.

C. El camino de salvación de Dios

Ahora, el modo de Dios es muy diferente de todo este miserable sistema, tan ampliamente extendido. Él no construye hasta que primero ha demolido, ni salva hasta que haya hecho que el alma se sienta perdida. Él no toma las ramas y rastrojos de la vieja naturaleza para poner los cimientos, ni usa fango en lugar de mortero para construir una Babel podrida. El modo del hombre es colocar un palito aquí, y una piedra allá; rellenar esta esquina con un ladrillo y la otra esquina con baldosa; y de este modo progresivo construir una torre, cuya cima alcance el cielo.

El modo de Dios es bajar y confundir su idioma, dispersar cada madera y cada piedra a los cuatro vientos, y no dejar piedra sobre piedra que no sea echada abajo. Él es un Dios celoso, y no tendrá socios en el camino de la salvación. No pondrá vino nuevo en odres viejos, ni remiendos nuevos en vestidos viejos. Las viles vestiduras de Josué (Zac. 3:4) deben serle quitadas antes de que sea cubierto con un cambio de vestimenta. De este modo matar va antes de dar vida; la pobreza antes que la riqueza; la mendicidad y el estercolero antes que la herencia del trono de gloria; la tumba de esperanzas enterradas y el polvo del auto-aborrecimiento antes de la exaltación con un sitio entre príncipes (1 Sam. 2:6-8). Sembrar lágrimas precede a cosechar gozo; las cenizas van antes de la belleza, el luto antes del aceite del gozo, y el espíritu de pesadumbre antes de la vestidura de alabanza.

La salvación no es una cosa externa. No está en la letra, sino en el espíritu; no en un credo bien fundado, sino el placer de él como bálsamo para un corazón roto. Así, al contestar esta gran pregunta, “¿QUÉ ES LO QUE SALVA UN ALMA?” debemos partir de la premisa que la misma palabra “salvar” implica un estado previo, por el cual, y del cual, es un remedio, un escape, una liberación. Que la salvación implica una pérdida, ruina y miseria previas, y que es una liberación de todas estas, lo admiten todos. Pero no se admite de tan buena gana, o, si se admite con palabras, no se presenta como una verdad fundamental, que es del sentimiento de pérdida, ruina y miseria de lo que la salvación es un escape.

Todo aquel que reconoce la verdad de la Biblia admite en palabra la Caída del hombre, y que ser salvado es ser librado de las terribles consecuencias de aquella Caída. Pero que un hombre debe conocerlo y sentirlo profundamente; que debe tener su alma sujeta y cargada con ella; que la convicción de culpa, ira y alarma debe ser forjada dentro de su experiencia por un poder sobrenatural; y que deberá ser molido con la piedra de mo-

lino superior de la ley, y la piedra de molino inferior de una conciencia culpable —estas grandes y solemnes verdades son rechazadas, esquivadas y amortiguadas por casi todos los que profesan mostrarle al pecador el camino a Sion. “Ve a Cristo; mira a Jesús; hazte devoto del Señor; lleva una vida consecuente; lee a este y aquel autor; atiende los deberes conocidos; sé activo; únete a nuestra sociedad; hazte miembro de nuestra iglesia, escucha a nuestro ministro; establece oraciones familiares; manda a tus hijos a la Escuela Dominical; cultiva diligentemente la santidad; odia todo pecado; vigila todo carácter malvado; ejercita fe en la expiación” —estas, y exhortaciones similares, son vertidas en ilimitada abundancia sobre pecadores que buscan desde miles de púlpitos modernos. Pero la naturaleza, las profundidades, el poder, los sentimientos, las cortantes convicciones, los gimientes gritos, la angustia con lágrimas, las lúgubres perspectivas, la ansiedad del pesimismo, la suprema impotencia, la densa oscuridad, la desgraciada falta de fe; en una palabra, todas aquellas transacciones internas que acarrea un pecador en su búsqueda son pasadas por alto por los ministros de lo escrito que tenemos hoy. Estas cosas se toman por sentado, y o bien son totalmente omitidas o se alude levemente a ellas.

D. De qué somos salvados

Pero si deseamos saber QUÉ ES LO QUE SALVA UN ALMA, debemos saber cómo es el estado *del cual* se la salva. Si no tenemos el principio, no podemos tener el medio ni el final. Pero nuestros modernos profesores y predicadores nunca tuvieron un comienzo de su religión. Fueron píos desde la niñez; o tuvieron la ventaja de padres religiosos; o fueron criados en la Escuela Dominical; o estuvieron bajo un ministro del evangelio, o cayó un buen libro en sus manos y les hizo piadosos; o se volvieron serios, e impresionados por la necesidad de religión; o se casaron con una esposa o esposo religioso, y así se volvieron religiosos, también. Situaciones como estas o similares se dan a diario al público mediante periódicos piadosos, relatos en conversaciones, o dados en reuniones eclesiásticas, e implícitamente recibidos por la caridad universal como una verdadera experiencia y como una genuina obra de gracia. ¿Pero dónde se encontrará a uno entre mil que pueda decir cómo el Señor empezó con él, y cuáles fueron sus sentimientos bajo Sus divinas enseñanzas? ¿Quién puede describir el camino por el cual ha sido conducido, las subidas y bajadas que ha experimentado, los cambios por los que ha pasado, las vasijas que ha tenido que vaciar, y los conflictos en los que se ha visto implicado?

¿Quién, de mil profesores, puede hablar con sentimiento del ajeno y la hiel del pecado, de las envenenadas punzadas de culpa, de las flechas de Dios en la conciencia, del fango y suciedad de un corazón desesperada-

mente perverso, de las batallas, las caídas y luchas, las esperanzas y temores que se alternan, los rayos de luz y las sombras de la oscuridad, la efímera confianza y el desaliento que pronto vuelve, y toda la variada experiencia de un alma despertada? La auto-repugnancia y auto-aborrecimiento en polvo y cenizas, lúgubres presentimientos de castigo eterno, gritos a Dios desde el pozo de la culpa, seguidos por ataques de huraño silencio, alternados arrepentimiento y dureza de corazón, ya sobrecojido por el pecado, ya lamentándose y suspirando por su debilidad ante él —ejercicios tales como estos, ¡cuán pocos hablan de ellos con sentimiento, unción y poder, que demuestren que han pasado por ellos! O, nuevamente, la pesada carga del pecado, el diario peso de la maldad, los diluvios de la infidelidad y el ateísmo, los torrentes de suciedad, lujuria y obscenidad, las súbitas ráfagas de pensamientos blasfemos, imaginaciones espantosas, repugnantes ideas, horribles maldiciones, y todos los vómitos del sucio lecho de un corazón sensual y diabólico —¿qué ministro entre mil lleva ninguna evidencia en su prédica de que tal camino haya sido transitado por él?

Pero si la salvación implica un estado previo del cual hay una liberación, entonces digo que es locura infantil hablar de ser salvado si no sabemos nada *experimentalmente* sobre DE QUÉ ESTAMOS SIENDO SALVADOS. Si un hombre me pregunta, pues, “¿Qué es lo que salva un alma” yo contesto, “¿Por qué me haces esa pregunta? Antes de que se pueda saber nada sobre la salvación, hay una lección anterior que aprender. Si no has aprendido esto, no tienes nada que hacer con lo otro. También podrías pensar en aprender vulgares quebrados sin antes aprender a leer. ¿Pero cuál es tu motivo de desear una respuesta a esta pregunta? ¿Aprender algunas nociones, informar a tu juicio, adoptar un buen credo? Si este es tu motivo, no tengo nada que hacer contigo. Primero tienes que ir y aprender otra lección, y hasta que la hayas aprendido, no puedo darle respuesta a tu pregunta.”

La salvación es un regalo, el regalo más selecto y precioso que pueden ofrecer las manos de un Dios Trino, Cuyo nombre es Amor. Es una dote, una herencia, un patrimonio, un tesoro, y realidad eterna. La entera posesión, el entero disfrute, la completa adquisición de esta predestinada cantidad de gloria, esta ciertamente reservada a un estado futuro; pero la señal, los primeros frutos, los racimos de temprana madurez, las primeras gotas de rocío de esta herencia eterna, se dan a los elegidos mientras están en la tierra. El eterno disfrute de la presencia y gloria de Cristo a menudo se compara en las Escrituras con una boda. Así leemos (Ap. 19:7) de “la esposa del Cordero” y de “las bodas del Cordero”. Así se dice que la iglesia “con vestidos bordados será llevada al rey” tal como la novia en los países orientales era traída por el padre (Gn. 29:23) al novio. Pero también lee-

mos sobre “desposorios”, que siempre precedían la celebración del matrimonio. “Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio” (Jer. 2:2). “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Cor. 11:2). Así José estaba desposado con la virgen María, antes de que se juntasen (Mat. 1:18); esto es, antes de que se convirtieran en marido y mujer.

Ahora este desposorio era un prelude necesario antes del matrimonio, aunque no era la misma cosa. Y, por tanto, una virgen desposada era castigada como adúltera por la ley levítica (Deut. 22:23-24), si era infiel a su marido desposado. Estar desposado tenía la naturaleza del matrimonio en sí, aunque no era lo mismo que el matrimonio. Las partes no vivían juntas, y no tenían posesión sobre la otra. Así, es *en esta vida* que el desposorio espiritual tiene lugar, y el matrimonio espiritual en la vida venidera. “Te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová” (Os. 2:19-20).

E. Salvación —pasada, presente y futura

De este modo, si mirarnos a la salvación, veremos que consiste de tres partes —SALVACIÓN PASADA, SALVACIÓN PRESENTE, Y SALVACIÓN FUTURA. La salvación *pasada* consiste en tener nuestro nombre escrito en el libro de la vida del Cordero antes de la fundación del mundo. La salvación *presente* consiste en la manifestación de Jesús al alma, mediante la cual la desposa a Sí mismo. Y la salvación *futura* consiste en el eterno disfrute de Cristo, cuando los elegidos se sienten en el banquete nupcial del Cordero, y estén para siempre con el Señor. Ahora, ya que nadie que no tenga interés en la salvación *pasada* disfrutará jamás de la salvación *futura* —en otras palabras, ya que nadie estará jamás con Cristo en gloria eterna cuyo nombre no esté escrito en el libro de la vida por toda la eternidad— así nadie disfrutará de la salvación *futura* que viva y muera sin disfrutar de la salvación *presente*. En otras palabras, nadie vivirá para siempre con Cristo en gloria que no esté desposado a Él en esta vida por las manifestaciones de Él a su alma.

De acuerdo con la costumbre judía, el hombre, a la hora del desposorio, daba a la novia una pieza de plata ante testigos, diciéndole, “Recibe esta pieza de plata como garantía de que en tal fecha serás mi esposa.” Y las partes entonces intercambiaban anillos. Este encuentro de las partes desposadas, que entonces se veían por primera vez, es una dulce versión del primer encuentro del alma con Jesús. La damisela había oído hablar del joven, pero hasta entonces nunca le había visto; del mismo modo las almas en búsqueda oyen por sus oídos sobre Jesús antes de que sus ojos Le vean. El velo cubría su cara (Gn. 24:65), así como el velo está sobre el

corazón (2 Cor. 3:15), hasta que Jesús lo parte por el medio de arriba abajo.

El novio daba a su desposada una pieza de plata como prenda de que todo lo que él tenía era de ella. Y así Cristo da al alma, que Él desposa a Sí mismo por Sus propias manifestaciones, una prenda, una señal, un testimonio, que en sí mismo son los primeros frutos y promesa de gloria eterna. Las partes intercambiaban anillos en señal de afecto mutuo y fidelidad eterna. Y del mismo modo, cuando Cristo Se revela al alma en Su moribundo amor, los compromisos mutuos, las promesas mutuas, las mutuas garantías y prendas de fidelidad y amor se intercambian entre el alma y Él. “Este dirá: Yo soy de Jehová; el otro se llamará del nombre de Jacob, y otro escribirá con su mano: A Jehová” (Is. 44:5). En estos tiempos, “en el día del desposorio del Rey” (Cnt. 3:11), el idioma del alma es, “Bajo la sombra del deseado me senté, Y su fruto fue dulce a mi paladar. Me llevó a la casa del banquete, Y su bandera sobre mi fue amor.” (Cnt. 2:3-4).

Toda doctrina, noción, forma, credo, ordenanza y ceremonia fuera de esta manifiesta salvación son como polvo en la balanza, y vuelan como rastrojos al viento. ¿Qué, por ejemplo, es la elección, salvo que sea revelado a mi alma que yo fui elegido antes de la fundación del mundo? ¿Qué es la redención para mí, salvo que la sangre expiatoria del Cordero sea salpicada sobre mi conciencia? ¿Qué es el amor eterno del Jehová Trino, salvo que ese amor eterno sea derramado en mi corazón por el Espíritu Santo? ¿Cuál es la perseverancia final de los santos, salvo que haya un bendito disfrute de ella en la conciencia como realidad personal? Ver estas cosas reveladas en la Biblia no es nada. Escucharlas ser predicadas por uno de los ministros de Dios no es nada. Recibir la verdad de estas en nuestro juicio y concederles una inquebrantable aprobación no es nada. Miles han hecho esto y están blasfemando a Dios en el infierno. Pero tener elección eterna, redención personal, rectitud atribuida, amor inagotable, y todos los otros benditos vínculos de la cadena dorada que *baja al alma desde el trono de Dios*; tener la belleza, gloria y dicha de la salvación en todos sus aspectos —pasada, presente y futura— reveladas al corazón y selladas en la conciencia, de esto se trata.

Y así todas las dudas y temores, todas las convicciones de pecado, todos los lacerantes descubrimientos de vileza interior, todas las terribles visiones de Dios a la luz de una ley quebrantada, todos los gemidos, suspiros y lágrimas, todo el descorazonamiento, y sombríos presentimientos de muerte y juicio que no conducen a, ni terminan en, una revelada salvación y un Jesús manifestado antes de que el hombre cierre sus ojos con la muerte, no tienen más que ver con religión que los sonidos metálicos de las cadenas de un loco o los aullidos del delirio de un maníaco. El alma de

un hombre debe ser condenada o salvada. Y en lo que atañe a la religión interna, un hombre debe tener salvación como una *realidad interna*, como una posesión conocida, disfrutada, saboreada, sentida y tocada, o nunca entrará en el reino de los cielos. Puede ser un sacerdote o un disidente, calvinista o arminio, baptista o independiente, cualquiera o todos ellos, sin embargo esta profesión no hace más por la salvación que el corte de su ropa, su estatura o el color de su complexión.

Todo lo de una naturaleza externa, es más, la verdad en sí misma, es como una cama demasiado corta y un cobertor demasiado estrecho. Y así toda la coherencia de vida, solidez de credo, andar en las ordenanzas, una larga y estable profesión, y todo en lo que miles confían para la salvación, de una simple naturaleza externa, no puede hacer más por quitar el pecado, satisfacer la justicia de Dios, y darle al alma un derecho para el Cielo, que el juramento del que jura habitualmente, o la lasciva conversación de una ramera.

F. Qué no es

Si, entonces, se nos pregunta QUÉ ES LO QUE SALVA UN ALMA, contestamos que no son las obras de rectitud que hayamos hecho o podamos hacer; ni el uso de nuestro libre albedrío, que solo es libre para elegir y amar el mal; ni el rodearse de gracias ofrecidas, para lo cual no tenemos poder natural; ni la vigilancia, oración y ayuno; ni la abnegación, austeridad y santificación hacia fuera; ni obligaciones y formas; ni, en una palabra, ninguna cosa por separado, o una multitud de cosas en conjunto, que dependen de la sabiduría y fortaleza natural del hombre. Ni, nuevamente, se trata de conocimiento cerebral, ni firmes convicciones de verdad en el juicio, ni tales trabajos de conciencia natural que nos obliguen a asentir a una salvación gratuita por la gracia, ni a una vida dirigida hacia lo externo coherente con el evangelio, ni el ser miembro de una iglesia del evangelio, ni el afecto natural por los hijos y ministros de Dios, ni el celo por la religión experimental, ni los sacrificios hechos para apoyar la verdad. Tampoco, de nuevo, consiste la salvación en dudas y temores, tribulaciones, tentaciones, mecanismos de corrupción interna, terrores legales, ataques de pesimismo lúgubre y desesperación descorazonadora.

Todas estas cosas “acompañan la salvación”, y pueden ser encontradas en todos los herederos de la gloria; pero algunas o todas ellas pueden igualmente ser encontradas en hipócritas, apóstatas y réprobos. Tampoco, de nuevo, consiste la salvación en deseos, porque “el perezoso desea, y nada alcanza”; ni en lágrimas, porque “Esaú clamó con una muy grande y muy amarga exclamación” (Gn. 27:34), ni en meramente procurar, porque “muchos procurarán entrar, y no podrán” (Lc. 13:24); ni en querer, por-

que “no depende del que quiere”; ni en correr, porque tampoco “depende del que corre”, y aunque “todos a la verdad corren, uno solo se lleva el premio”. Tampoco consiste la salvación en dones externos, tales como predicar y orar, ya que un hombre puede “gustar del don celestial”, y aún así “su fin es el ser quemado” (He. 6:4-8); tal como Saúl profetizó, Judas predicó, y los hijos de Esceva echaron fuera demonios en nombre de Jesús (Hch. 19:14).

Tampoco consiste en fe natural, tal como “Simón creyó, y fue bautizado” (Hch. 8:13); ni en la esperanza natural, ya que “la esperanza del impío perecerá”; ni en las comodidades naturales, como “andar con las teas que vosotros encendisteis”, ni en la vana confianza, “el insensato se muestra insolente y confiado” (Pr. 14:16); ni en hablar de religión, porque “el necio de labios caerá”; ni en que otro tenga buena opinión de nosotros, tal como Pablo en su momento tenía de Demas (Filemón 24) quien había “amado este mundo” (2 Tim. 4:10); ni en que los hijos de Dios se sientan en unión con nosotros, tal como David “comunicaba dulcemente los secretos” con Ahitofel, y “andaban en amistad en la casa de Dios” (Sal. 55:14).

Para resumir todo esto, la salvación no consiste en nada de la carne, esto es, en nada terrenal, humano y natural, ya que “la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63). “No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (Ro. 9:8). Por tanto, ningún hombre puede liberar su propia alma, ni dar a Dios un rescate por sí mismo, o su hermano (Sal. 49:7), sino que “toda la carne es hierba” y solo sirve para ser cortada con la segadora, y echada al horno (Mt. 6:30).

Llegamos, pues, a esta conclusión, a la que Dios tarde o temprano conduce a cada alma elegida, que aquellos que son salvados se salvan porque DIOS LOS SALVARÁ; “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia”, y solo en ellos la tendrá (Ro 9:15); que Él los salva, no por alguna prevista bondad en ellos, pero por Su propia y característica gracia soberana; que son redimidos, justificados, vivificados, santificados, preservados y glorificados, solo porque son objeto del inmerecido amor del Trino Dios.

G. Qué es la salvación

Aquí está, pues, la respuesta a la pregunta, “¿QUÉ ES LO QUE SALVA UN ALMA?” *Primero*, tener un interés en la opción elegida de Dios el Padre, en la sangre redentora y rectitud justificante de Dios el Hijo, y en las operaciones vivificantes y santificantes de Dios Espíritu Santo. Esa es la herencia sellada para los elegidos como eternamente suya, por “pacto ordenado en todas las cosas, y será guardado”. Esta es la salvación POR

FUERA, y él que no tiene parte ni porción en esta salvación perecerá en sus pecados bajo la tremenda ira de un justo y santo Dios.

Segundo, está la salvación POR DENTRO, que consiste en la manifestación de Jesús al alma, por la cual el amor que elige, la sangre que expía, la rectitud que justifica, y una herencia eterna más allá de los cielos son sellados para el alma, y se vuelven realidades personales e individuales. A este disfrute interno de la salvación son predestinados todos los hijos de Dios, y ninguno de ellos muere sin una participación mayor o menor de él. Algunos de ellos, ciertamente, están ahora siendo sumergidos en el terror de la ley, otros dudan y temen, otros se aíslan como hipócritas, otros gimen bajo el peso del pecado, otros sobrecogidos por el poder de sus pasiones, otros acosados por el demonio, otros desmayando por motivo del camino, y todos implicados en un terrible conflicto con el viejo hombre de pecado.

Algunos, también, se laceran hasta el corazón por motivo de sus reincidencias, otros se aborrecen a sí mismos en polvo y cenizas, otros son abofeteados con las peores tentaciones, otros llenos de rebelión e inquietudes, otros enredados en las trampas de Satanás, y otros sentados en obstinado silencio, o casi devorados por el desaliento. Algunos nunca han encontrado a su Salvador, y otros Le han perdido; algunos nunca han sentido el perdón y la liberación, y otros se han vuelto a ver “sujetos al yugo de la esclavitud”; algunos están esperando en vano y otros dudan ante evidencias; algunos ha sido “azotados todo el día, y castigados todas las mañanas”; y otros temen ser bastardos, porque “no viene el azote de Dios sobre ellos”.

Pero como toda la familia de Dios tiene un interés común en la salvación que es *externo*, así están todos de acuerdo en este punto con respecto a la salvación que es *interna*, que debe haber una *religión sobrenatural*, un Salvador manifestado, una rectitud revelada, una conciencia salpicada, un perdón sellado, un amor extendido y un disfrutar de la redención, eso solamente satisfará o salvará. Y así todo lo de desvestirse, vaciarse, castigos, tentaciones, conflictos, pesares, visiones, gemidos y lágrimas; todas sus dudas, temores, terrores, estremecimientos, melancolía y pesimismo; todas sus visiones de la justicia de Dios en una ley justa; todas sus subidas y bajadas, cambios, vicisitudes, culpa, condenación, y amargos sentimientos de angustia por culpa del pecado; en una palabra, toda su experiencia de las profundidades de un corazón terriblemente malvado —todo sirve en manos del bendito Espíritu para llevarles a esta conclusión, que *la salvación solamente está en la sangre y rectitud de Cristo*, y que esta salvación debe ser revelada a ellos, y en ellos, para librarles de las llamas del infierno.

H. Única verdadera fuente de fruto

“Pero”, dirán los arminios, “si la salvación es tal como está aquí descrita, ¿qué pasa con el interés en la moralidad, qué previsión se hace en cuanto a buenas obras, qué seguridad hay en la santidad en la vida? ¿No se volverá el hombre presuntuoso por una creencia de su elección, no le volverá descuidado una confianza en su perseverancia final, y una persuasión de que él mismo no puede salirse del convenio por pecar, no le conducirán a una vida licenciosa?”. A esto contestamos: “Si, tales serán, y son los frutos y efectos de las DOCTRINAS DE GRACIA, cuando NO son efectuadas por la mano de Dios en el alma; pero son aprendidas, tal como cientos las aprenden tan solo en comprensión y juicio. Pero este efecto no prueba que sean falsos, sino es más bien un cumplimiento de la Palabra de Dios.

“Sea su convite delante de ellos”, esto es, las doctrinas extendidas ante ellos en las que profesan ser alimentados, “por lazo, y lo que es para bien, por tropiezo” (Sal. 69:22). Leemos de “manchas” en los “ágapes” de los creyentes primitivos, que “*se apacientan a sí mismos*”. Estos bebieron de la doctrina de la elección, etc., sin mezclar con santo temor reverencial, sin sentir temor por la Palabra de Dios, y una reverencia espiritual por Su terrible majestad. Ahora, se dice que estas naturalezas “convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan” esto es, por palabras malvadas, “a Dios el único soberano y a nuestro Señor Jesucristo” (Judas 12, 4).

Pero porque hombres impíos perviertan los rectos caminos del Señor, y abusen de la verdad para su propia destrucción, ¿implica esto que esos mismos efectos siguen a las mismas doctrinas donde *son* enseñadas espiritualmente y recibidas espiritualmente? Los días de sol sacan fiebres intermitentes de los pestilentes pantanos y convierten un cadáver en carroña. Pero ¿es el sol menos puro, son sus haces menos brillantes, son sus rayos menos alentadores, es su genial calor menos fomentador para cada hierba, fruta y flor, porque saca putrefacción de lo que *en sí mismo* es pútrido, y corrupción de lo que *en sí mismo* es corrupto? Y así, porque las doctrinas de gracia recibidas en un corazón corrupto solo sirven para sacar su corrupción natural, no implica que esto sea así donde la Palabra de vida sea recibida “en un corazón bueno y recto” (Lucas 8:15); esto es un corazón hecho recto por el brillo de la luz celestial, y hecho bueno o similar a Dios (Mateo 19:17) por la impresión de Su divina imagen. En esta tierra preparada las doctrinas de gracia echan profundas raíces, siendo regadas de vez en cuando por el rocío y la lluvia del bendito Espíritu, produciendo fruto abundantemente.

Frutos internos

De este modo producen —*Primero*, FRUTOS INTERNOS. De estos el primero es la ***conversión***, que consiste en un cambio de corazón, un cam-

bio de afectos, un cambio de sentimientos, una transformación de formalidad a espiritualidad; de libre albedrío a libre gracia, de farisaísmo a auto-aborrecimiento, de hipocresía a honestidad, de auto justificación a auto-condenación, de profesión a poder.

El segundo es *temor de Dios*, que comprende la presencia de Dios que escudriña los corazones, tiembla ante. Su ceño fruncido, tiene pavor a Su descontento, teme Sus juicios, siente Su mano castigadora, y busca ante todas las cosas Su favor y la luz de Su semblante.

El tercero es la *humildad*, que nace de un conocimiento de Dios y un conocimiento de uno mismo, y consiste en una relación espiritual con la falsedad y maldad del corazón, en estimar a otros más que a nosotros mismos, en sentir cuan poca gracia y verdadera religión poseemos, en confesiones a Dios y a los hombres de nuestra vileza, en sentarse a los pies de Jesús para ser enseñados por Él, en ocupar el último lugar entre los hijos de Dios, en ser un bebé en impotencia, debilidad, locura e insignificancia.

Un cuarto fruto interno es la *pena devota*, que nace de ver al Salvador sufriendo, y se manifiesta con odio por uno mismo, aborrecimiento del pecado, gemir por nuestras reincidencias, tristeza del alma por quedar tan a menudo enredados en nuestros vicios y pasiones, y está acompañado por ternura, derretirse el corazón, flujos de amor por el Redentor y de indignación por nosotros mismos, y sinceros deseos de nunca volver a pecar.

Un quinto fruto es la *esperanza*, que nace de la desesperación, y se eleva al alma por un descubrimiento espiritual de la compasión, la misericordia, la paciencia, la bondad, y la piedad del Padre de misericordias y el Dios de todo consuelo. Esto abre el corazón a la oración y visiones de Dios, lo sujeta como una segura y firme ancla entre tormentas y tempestades, y lo anima a esperar a la puerta de la misericordia hasta que llegue la total liberación.

Un sexto fruto es el *amor*, que consiste en amor a Dios, por motivo de Sus tiernas misericordias, bondades y paciencia en medio de, y a pesar de, toda nuestra sinuosidad, obstinación, perversidad y terrible maldad; en amor a *Cristo* como un Salvador, tan apropiado para nuestro miserable estado de sucios desgraciados, corruptos, justamente condenados; en amor por los ejercitados, hostigados y tentados *hijos de Dios*, como compañeros en desgracia y en herencia; en amor por los *ministros de Cristo*, como mensajeros con un mensaje para nuestra alma culpable, como intérpretes de nuestra experiencia, como mayordomos de los misterios celestiales y descubridores de lo oculto de nuestros corazones (1 Cor. 14:25); en amor por la *verdad* de Dios, que nos hace libres; por la *Palabra* de Dios, que ha entrado en nuestros corazones; y por las *promesas* de Dios, que de

vez en cuando nos han animado. Estos son solo algunos de los frutos internos que las doctrinas de gracia, recibidas espiritualmente en el alma, invariablemente producen.

Frutos externos

Pero aparte de estas hay —en *segundo* lugar, FRUTOS EXTERNOS. Tales son: separación de un mundo profano y separación de un mundo que profesa; honestidad y audacia en la causa de la verdad; liberalidad para con los pobres y necesitados de la familia de Dios; coherencia general de vida y conversación; aborrecimiento por todos los trucos del oficio, mentiras del negocio, y fraudes del comercio; odio por los halagos, dados o recibidos; en una palabra, una vida agradable a los preceptos y ordenanzas del evangelio.

Tales son los frutos, *internos* y *externos*, que son producidos por las doctrinas de gracia cuando se aplican al alma por el bendito Espíritu. Siendo Dios la única fuente de vida, gracia y fertilidad, el alma que es llevada a Su bendita Presencia, para andar con Él, tener comunión con Él, y disfrutar de acceso a Él, obtiene, por el momento, de esta santa cercanía, de buena gana marcas de semejanza con Él.

4. Conclusión

Y así, la eterna elección revelada al alma, la redención personal aplicada al corazón, la rectitud atribuida sellada sobre la conciencia, y la fidelidad inagotable manifestada en el interior, tan lejos de conducir a una vida licenciosa, son las únicas verdades que producirán fruto real. Y, por el contrario, toda abnegación, santificación externa, mortificación de la carne, largas oraciones, y todas las buenas obras de aquellos que no tienen a Cristo, no son nada sino falsificaciones e imitaciones de los frutos del Espíritu, y por tanto dejarán a sus engañados propietarios a la justa venganza de Aquél que es un fuego arrollador.

